

Nota editorial

El presente número bianual de la revista *Antropológica* coincide con una agudización de la crisis económica, social y política venezolana que ha originado -entre otros fenómenos- una creciente diáspora, hacia los países fronterizos, de indígenas, sobre todo de los Warao pero también de otras etnias; en el caso warao, básicamente hacia Brasil, el Esequibo y las islas de Trinidad-Tobago. Al momento de escribir estas líneas había estimaciones extraoficiales para el caso warao, en el orden de las 8.000 personas desplazadas (María Luisa Allais 2020, comunicación personal), lo cual significaría un número muy alto, considerando la población total de esta colectividad; su movilización también se aprecia, cualitativamente, en los caños deltanos y en algunos núcleos periféricos urbanos bajo la forma de un abandono casi total de los asentamientos o de viviendas. Esto implicará una nueva etapa en la historia de las transformaciones de este gran colectivo, ya no sólo demográficas sino de todo tipo. Al principio -esto es, antes de la pandemia COVID-19- los Warao que se aventuraban a Brasil (no hay mucha información sobre el Esequibo ni Trinidad-Tobago) mantenían esa manera de actuar ampliamente documentada dentro de nuestro país por Cecilia Ayala y Werner Wilbert (Ayala Lafée-Wilbert y Wilbert 2008) y otros investigadores, que implicaba estadias temporales y retornos a su territorio de todos o una parte del grupo migrante con el fin de intercambiar o comercializar productos foráneos. Este fenómeno ha sido objeto de estudio en Brasil en la Universidade Federal de Pernambuco, especialmente por Jenny González Muñoz, investigadora venezolana radicada en ese país (Varios autores 2020). El cierre de fronteras por la epidemia los ha obligado a quedarse permanentemente allí, organizados por las autoridades brasileñas y por algunas organizaciones no gubernamentales en los llamados “campamentos de refugiados”. Pero no contentos con ello, muchos warao salieron de ese confinamiento y ya están presentes en varias ciudades brasileñas, alejándose cada vez más de la frontera. Esto no deja de recordar la situación de inmigrantes africanos y del Medio Oriente hacia Europa.

De igualmente se ha apreciado otra diáspora importante en cuanto a cifras: la de los no indígenas, tanto a otros países americanos como a Europa, una tendencia de la que no han escapado los profesionales de las ciencias sociales, movilización perceptible, entre otras formas, en cargos vacantes en universidades y centros de investigación o en un descenso en el número de publicaciones antropológicas sobre Venezuela que son inventariadas periódicamente por Erika Wagner y Mireya Viloria. Esto tiene que ver, entre otros factores, con la búsqueda de alternativas laborales y de formación académica ante la inestabilidad económica y la

desmejora de diversos servicios públicos. Sin embargo, no pocas veces la emigración ha implicado el cese del ejercicio profesional, optando por otras ocupaciones no necesariamente vinculadas con la antropología o las ciencias afines.

El repunte en la emigración de los Warao coincidió con el comienzo de la pandemia del coronavirus Covid-19 en esta región de suramérica, que de alguna manera también está afectando a las poblaciones indígenas no solamente aquí sino entre los ya emigrados: hay información extraoficial (Esperanza Arintero 2020, comunicación personal) de indígenas warao muertos en los campamentos de refugiados de Brasil por este virus. Entre las poblaciones indígenas que siguen en nuestro país –warao o no– también hay un preocupante repunte de enfermedades como la tuberculosis y la malaria, graves situaciones de hambre –por la inaccesibilidad a los recursos o dependencia a programas gubernamentales discontinuos de suministro de alimentos– y además de auténtico riesgo físico ante la violencia, por la penetración en sus territorios de grupos armados dedicados al contrabando, al cobro de “vacunas” o a la minería ilícita– que también los ha empujado a migrar, o bien, especialmente entre los más jóvenes, a abandonar el modo de vida tradicional, y a veces sumarse a las situaciones ilegales. Todo eso nos hace reflexionar acerca de cuál será la situación de las poblaciones indígenas en los próximos años como consecuencia de estos diversos factores, y, por extensión, de los programas de investigación y –más grave aún– de cooperación o asistencia técnica a las comunidades, sobre todo en la región de Guayana y en los distintos estados fronterizos, una reflexión para la cual esperamos convocar próximamente a los investigadores y a otros actores sociales que han podido observar directamente todo ello.

No quisiéramos terminar esta nota editorial sin rendir un sentido homenaje a dos importantes figuras de la lucha por los derechos indígenas en el país, ambos fallecidos en el año 2020, colaboradores de nuestra institución y vinculados entre ellos por la amistad: el líder y docente warao Basilio Arintero (Nabasanuka, 2 de mayo de 1952/ Tucupita, 29 de julio de 2020) y el Dr. Omar González Nãñez (Santa Lucía del Tuy, 4 de noviembre de 1944/ Caracas, 29 de julio de 2020), colaborador de nuestra Serie *Los Aborígenes de Venezuela* (González Nãñez 2008a; 2008b).

Arintero se sumó desde los años setenta del siglo pasado a la protección activa de los derechos de su etnia, simultáneamente a sus actividades docentes y de promotor cultural, en las comunidades deltanas de Arawabisi, Winikina, Barranquilla y en su natal Nabasanuka, en donde se jubiló. Durante las jornadas de capacitación y asistencia educativas realizadas por nuestra institución en esa última localidad, pudimos constatar el profundo respeto y atención que le brindaban los jóvenes y adultos cada vez que tomaba la palabra. Una reflexión recordada con

admiración por su hermana Esperanza, educadora también, que refleja su preocupación por la lengua y cultura propia era que “*Cuando los niños hablan warao a la perfección son libres... Hablar bien el warao significa libertad*”, ya que -en opinión del Maestro Basilio- cuando se percibía la penetración del español a desmedro del idioma ancestral, desaparecían también otros rasgos distintivos de su modo de vida tradicional y se hacían cada vez más dependientes de la cultura occidental, de los *jotarao* o “criollos”. Siendo coherente con eso, cuidaba muy bien que sus alumnos tuvieran un manejo adecuado de su lengua, sin que eso significara que descuidaran el aprendizaje del español, necesario como idioma vehicular y de intercomunicación. En el plano político, ese activismo le llevó a ser durante dos períodos consecutivos Concejal Indígena del Municipio Antonio Díaz, la unidad político-administrativa que reagrupaba todas las comunidades con las que estaba familiarizado.

Por su parte González Nãñez probablemente fue el principal lingüista y etnólogo arawakólogo del país, y desde su juventud, paralelamente a sus labores académicas como docente e investigador en la Universidad Central de Venezuela y en la Universidad de Los Andes, se mantuvo muy preocupado por mejorar las condiciones de vida de los indígenas. Esa sensibilidad de González Nãñez lo llevó a aceptar la Dirección de Asuntos Indígenas (DAI) del Ministerio de Educación y a asesorar, hasta el momento de su fallecimiento, al Instituto Nacional de Lenguas Indígenas de Venezuela, para tratar de favorecer, por la vía de los programas educativos, la continuidad de lenguas indígenas minoritarias en riesgo, cada vez más erosionadas por el mestizaje y la aculturación. En esa línea, desde hacía varias décadas venía participando activamente en talleres binacionales (Venezuela/Colombia) y trinacionales (Venezuela/Colombia/Brasil) de educación bilingüe y de unificación de alfabetos en las lenguas Arawak del Sur (Baniva, Kúrrim, Warekena). Desempeñándose como Director de la DAI, coordinó un programa de formación de promotores indígenas, agentes multiplicadores locales, y uno de los promotores indígenas que se sumó a ese programa fue precisamente Basilio Arintero, quien comenzó a trabajar en ello en la comunidad warao de Barranquilla. Afortunadamente, los dos dejaron una buena simiente entre varias generaciones de estudiantes y de docentes con intereses afines.

Comité Editorial